

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

CHINA POPULAR, VIETNAM DEL SUR Y LAS ISLAS PARACELSO

A no ser por el breve choque armado iniciado el 20 de enero entre China Popular y Vietnam del Sur, seguiría sumido en el olvido o ignorado ese grupo de islas del mar de China, en parte inhabitadas e inhabitables, a equidistancia de la isla china de Hainan y de la costa centrooriental de Vietnam del Sur. Su mera localización geográfica explica que haya sido tema de disputa entre el Celeste Imperio y Anam. En tiempos, el empeño por la posesión de ese archipiélago se debió a su gran riqueza en guano, abono natural de interés para países agrícolas. Pero, de hecho, la piratería china reinante en esos mares zanjó la disputa y, con un estilo peculiar, implantó en Paracelso una presencia incuestionablemente china. Enfrentada la piratería con el Gobierno de Pekín, como no lo estaba con el de Hué, por buenas componendas, permitió a los anamitas explotar el preciado abono, sin que ello pusiera término a las reclamaciones de China. Francia hizo de tercero en discordia. Implantado su protectorado sobre Anam y Tonkín (1883) y firmado con China el Tratado de Tien-tsin (1885), la cuestión del archipiélago de Paracelso quedó en suspenso, si bien en 1933 fue anexionado por Indochina, pero sin ocupación militar. Fueron los japoneses, en guerra con China, quienes hicieron acto de presencia militar en esas islas, que anexionaron, alegando que era territorio chino. Y como territorio anexionado por Japón las consideró el Tratado de Paz de San Francisco (1951), que en su artículo 2.º, párrafo f), dice: «El Japón renuncia a todo derecho, título y reclamación sobre las islas Spratley y sobre las islas Paracelso», sin indicación del país que había de beneficiarse de la renuncia japonesa de soberanía.

No más explícito es ese tratado en lo que respecta a Pescadores y Formosa, a todas luces territorios que habían de volver a la soberanía de China, que hubo de cederlos a Japón por el Tratado de Shimonoseki (1895).

Esta imprecisión contrasta con la clara determinación de los territorios que Japón devolvía a la URSS. Otro tanto cabe decir de los territorios colocados bajo la tutela de los Estados Unidos en virtud del acuerdo del Consejo de Seguridad del 2 de abril de 1947. La razón de semejante singularidad en el Tratado de San Francisco se debe a la decisión de soslayar el problema de a cuál de las dos Chinas, la nacionalista o la comunista, habían de devolverse esos territorios, problema tanto más peliagudo cuanto que la China nacionalista se había instalado en Formosa o Taiwan. En todo caso, para la URSS, presente en las negociaciones del tratado, aunque no signataria, no cabía la menor duda: Formosa, Pescadores, Manchuria, las islas Paracelso y otras situadas más al Sur eran de soberanía de la República Popular, con la que estaba entonces en los mejores términos. Ese reconocimiento de soberanía en las Paracelso figura entre las 13 enmiendas formuladas por Andrei Gromyko. No se tiene noticia de que el representante de Vietnam en San Francisco, Tran Van Huu, protestara por la tesis soviética. En cambio, apenas signado el tratado, en nombre del Gobierno de Pekín, Chou En-lai reclamó las islas Paracelso y las islas Spratley para China Popular, sin éxito, por supuesto. Sobre esta cuestión cayó un silencio coincidente con la presencia norteamericana en Vietnam.

Resuelta por las armas la suerte de ese archipiélago, pese al intento de contraataque survietnamita que, con cierto sentido del humor, Pekín ha calificado de «actos provocatorios», pocas posibilidades de réplica le quedaban al Gobierno de Saigón. Fue vana la reclamación urgente dirigida al secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, y al presidente del Consejo de Seguridad. Ambos hicieron oídos de mercader a los gritos de Saigón. Por lo demás, ¿qué podría hacer un Consejo de Seguridad en el que China Popular es miembro permanente con derecho de veto? Por si fuera poco, varios países integrantes de ese Consejo no reconocen al Gobierno de Saigón como legítimo representante de los intereses del pueblo survietnamita, representado para ellos por el GRP. Este, requerido por Saigón, rehuyó sumarse a la protesta survietnamita, según manifestaciones de la Delegación que en La Celle-Saint-Cloud discute con los representantes de Saigón las modalidades de aplicación de los acuerdos de París. La ayuda sustancial que China Popular ha prestado y presta al GRP y a Vietnam del Norte les impide alzarse contra su benefactor, lo que no significa que renuncian sacar el asunto a colación en el momento oportuno. Tal se deduce de las mesuradas declaraciones del jefe de la Delegación del GRP en

París, Dinh Ba Thu, y de su estimación de que «los complejos problemas fronterizos deben ser objeto de negociaciones». Tampoco Hanoi parece estimar que la acción china no tiene vuelta de hoja, por cuanto ha señalado la necesidad «de examinar con circunspección la compleja cuestión». Es no dar el carpetazo al asunto de las Paracelso y simplemente aplazar su negociación hasta la reunificación de los dos Vietnams, con el común denominador comunista, propósito que es el meollo de una guerra que sólo ha terminado para los Estados Unidos. Estos, decididos a mantenerse a salvo de implicaciones bélicas en esas áreas, acto seguido del ataque chino a la isla Duncan, dieron orden a su VII Flota de «no dejarse implicar». No cabe orden más reveladora de la renuncia a ayudar al aliado survietnamita y también de la opción por la neutralidad entre chinos y soviéticos.

Porque tanto como el interés de Pekín por los yacimientos petrolíferos que parecen existir en torno a Paracelso es una preocupación de orden estratégico que ha decidido al Gobierno chino a dar un paso que mancilla la imagen de una China afanada por la convivencia pacífica con sus vecinos. Mas, por grande y sincero que sea ese afán, lo neutraliza el temor al expansionismo soviético, que en esas regiones parece apuntar a un cerco marítimo de China, complementario del cerco terrestre derivado de miles de kilómetros de frontera común. Y como quiera que las islas Paracelso, además de distar sólo 184 millas de Hainan, son vigías en el mar de China meridional, el golfo de Tonkín y los accesos a Japón, no carece de fundamento la justificación formulada por China Popular de que ha actuado «a fin de salvaguardar la integridad y soberanía chinas», por lo que «el Gobierno y el pueblo chinos tienen el derecho de adoptar todas las acciones necesarias de autodefensa», según declaración del ministro chino de Asunto Exteriores. Acciones de «autodefensa» que podrían ampliarse a las islas Spratley, cuya guarnición ha reforzado Vietnam del Sur. También las reivindica Filipinas, alegando derechos históricos derivados de la presencia de España en esas áreas, porque fueron españolas esas islas Spratley que acaso Pekín pretenda incluir en su sistema de seguridad.

LA GUERRILLA DE DHOFAR Y LA PAZ EN EL PÉRSICO O ARÁBIGO

La lucha de influencias entre los supergrandes ya no se da en los países mediterráneos del Próximo Oriente. Se ha desplazado solapadamente a los países petrolíferos del golfo Pérsico o Árabe, donde se registra una poco

aireada subversión que no data de hoy. Se inició en los años sesenta, casi a un tiempo en el entonces protectorado británico de Aden y en la fronteriza provincia de Dhofar, del Sultanato de Omán, paso a paso unificado desde 1920 con el Sultanato de Mascate por iniciativa de Gran Bretaña, que venía administrando el estatuto de cuestionable independencia de Mascate, reconocida por la Corte de Arbitraje de La Haya en 1905. La expulsión del chej de Omán a Egipto en 1959 creó malestar en su antiguo Sultanato. No lo aplacó el descubrimiento del petróleo de Fahud, en el desierto de Omán, y su puesta en explotación en 1963. En 1964-65 ya da señales de vida en Dhofar una guerrilla estrechamente vinculada al Frente de Liberación del vecino protectorado de Aden, dirigido por Kattan El-Chaabi. Es decir, que ambos movimientos tenían carácter marcadamente antibritánico. La independencia concedida en 1967 a Aden, que se convirtió en República Popular de Yemen del Sur, no rompió los lazos entre Dhofar y el nuevo país, y en 1968 se amplía el objetivo inicial de la subversión, que era luchar contra Gran Bretaña. En adelante se apuntará a derrocar los regímenes políticos existentes en la parte occidental del golfo Pérsico o Árabe para establecer un Estado árabe único, cuando menos, «progresista». Para ello, la organización subversiva, con base en Dhofar, cuenta en los países de aquella región con grupos que han intentado diversas acciones revolucionarias.

El vasto programa subversivo que se asigna al Frente de Liberación de Dhofar se refleja en la denominación adoptada a partir de 1971: Frente Popular de Liberación de Omán y el Golfo Árabe, o FPLOGA. Comprende formalmente los movimientos revolucionarios de los países del golfo, o sea que su cuartel general se sitúa en ese «gollote de la botella del Pérsico», como se llama a Omán, concretamente en las regiones «liberadas» de Dhofar, fronterizas con Yemen del Sur, que constituye su base logística. Por sus condiciones geográficas, es favorable a la guerrilla esa provincia, en cuyas dos terceras partes o la mitad—no se sabe a ciencia cierta—campea el FPLOGA, que ha implantado nuevas estructuras administrativas y políticas, adecuadas al pomposamente llamado «socialismo científico» que inspira su acción. Desde allí, el FPLOGA mantiene con el poder central, Mascate, un conflicto armado que dura desde hace diez años y que no ha aplacado la llegada al poder en 1970 del sultán Kabus, previo derrocamiento de su padre. Se trata, pues, de una subversión que, si hasta ahora apenas si ha rebasado los límites provinciales, dista de haber sido

destruida. Es más: la rebelión domina las vías de comunicación terrestre entre Mascate y Salalah, capital de Dhofar, prácticamente sitiada y sólo asequible por mar. De otra parte, noticias procedentes de esas áreas, sobre las que se muestran parcas las agencias informativas, señalan dos nuevos focos subversivos: uno, en el Yebel Akbar, en el noroeste de Mascate y bajo el mando del antiguo imán de Nizwa, Ghalib Ibn-Alí; otro, en el Yebel Masendum, en el extremo norte de Mascate.

Ambos focos, lo mismo que la contumaz guerrilla de Dhofar, sólo existen y persisten con la ayuda que reciben de Yemen del Sur y, hasta un reciente pasado en lo que a Dhofar respecta, merced al material bélico y apoyo de China, atareada en contrarrestar la influencia de la URSS en los movimientos subversivos. Sin embargo, en la actualidad, debido, entre otras razones, a la nueva orientación de la política exterior de Pekín, que persigue la respetabilidad y procura actuar a nivel de gobiernos, los movimientos subversivos de Dhofar y esa región sólo cuentan, a través de Yemen del Sur, con la ayuda soviética. Es decir, que la URSS ha neutralizado a China, que, cuando menos de momento, no está en condiciones de amenazar las posiciones conquistadas por aquélla en esas áreas.

No por haberse desviado China de la competición con su rival ha decrecido una tensión a la que hubiera dado pábulo la retirada británica del Este de Suez en 1972, de no haber manifestado claramente Irán su firme propósito de asegurar la estabilidad en el golfo, a despecho de ínfulas revolucionarias. Es que un vital interés nacional impone a Irán mantener la libre navegación por el golfo Pérsico, por el que exporta su petróleo y efectúa la mayor parte de sus transacciones comerciales. Otro tanto cabe decir de los Estados ribereños del golfo—Arabia Saudita y la Federación—, todos ellos preocupados por salvaguardar un *statu quo* que sólo Irán está en condiciones de defender, sin por ello hipotecar la independencia del golfo. Esta doble preocupación de estabilidad e independencia de la política de Irán explican su rearme intensivo. Un Irán militarmente fuerte excluye cualquier intromisión foránea en los asuntos de esa región, en la que tiene el firme propósito de que reine orden y paz.

Por ello, Irán ha acudido en ayuda del Gobierno de Mascate, un tanto agobiado por una larga lucha que absorbe la mitad de sus ingresos petroleros, que ascienden a unos 150 millones de dólares anuales. El envío a Omán, a finales del pasado diciembre, de 3.000 soldados iraníes se hizo discretamente, y hasta primeros de febrero no se tuvo noticia de opera-

ciones centradas en destruir la guerrilla de Dhofar. De la dureza de los combates, en los que intervino la aviación, son exponente los gritos puestos en el cielo por el FPLOGA, que denunció el bombardeo con napalm de las cosechas de Dhofar. Con todo, esa acción militar dice a las claras la determinación de Teherán por mantener el golfo a salvo de sobresaltos revolucionarios y, asimismo, de ayudas extranjeras para que logre su propósito; ello en razón de su capacidad bélica. Sin embargo, este planteamiento del problema—seguridad basada en la fortaleza—tiene el inconveniente de que la ayuda soviética a la subversión no da señales de cejar en su empeño. Ello hace correr el riesgo de que se amplíe un conflicto actualmente limitado y localizado, por cuanto Iraq se excluye de la tácita aprobación de la postura iraní por parte de los países ribereños del golfo. Es eventualidad que consideró Abdul Fatah Ismael, secretario general del Frente de Liberación de Yemen del Sur, en la I Conferencia Internacional de Comités de Apoyo a la Revolución en Omán y el golfo Árabe, celebrada en abril de 1973, cuando declaró: «Por motivos políticos, estratégicos y económicos, la península arábiga está llamada a convertirse, en un próximo futuro, en región de conflictos mayores.» Por consiguiente, no puede descartarse que las tensiones del Próximo Oriente—en vías de solución, al parecer—rebrotan en el Medio Oriente, que rebosa petróleo.

LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

No puede decirse que la Conferencia de la Energía, inaugurada en Washington el 11 de febrero terminó como el rosario de la aurora, por cuanto ya se inició como tal rosario. Las reservas, críticas y maniobras de Francia antes de su celebración fundamentan el aserto. Aunque a la postre Francia asistiera, lo hizo—en parte forzada, en parte esperanzada—por los efectos retardados de la bomba preparada en Bruselas para dar al traste con el propósito norteamericano de hacerse de nuevo con el timón de la nave petrolera, y de algún otro, al socaire de la crisis energética. En efecto, en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la CEE, el ministro francés, Michel Jobert, después de no pocas vacilaciones, hizo saber que asistiría a la Conferencia convocada por los Estados Unidos. Previamente, los «Nueve» habían adoptado un acuerdo sobre la política energética comunitaria destinado a fijar posiciones y coordinar la postura de

la CEE en Washington. En ese acuerdo quedaba bien sentado que, en criterio de los «Nueve», la Conferencia sólo debía tener carácter informativo. Por lo tanto, quedaba excluido que los 13 países asistentes tomaran decisiones y también que pusieran manos a la obra para crear un organismo permanente adecuado, como había planeado Henry Kissinger, extremo éste al que Francia había objetado que, para considerar problemas a escala mundial, existían ya organismos competentes, cuales la ONU, el Fondo Monetario Internacional o la OCDE. Es decir, que, por acuerdo unánime, la CEE se alineaba con Francia, firmemente decidida a salvaguardar el principio del derecho y libertad de tratar el problema del petróleo a su conveniencia. La aplicación práctica de ese principio es la negociación bilateral con países productores de petróleo o, a lo sumo, la negociación comunitaria.

Al ministro alemán de Asuntos Exteriores, Walter Scheel, correspondió la misión de exponer la posición comunitaria en Washington, en su calidad de presidente del Consejo de Ministros de la CEE. Parecían bien atados todos los cabos para impedir que prosperase el proyecto norteamericano de convertir la Conferencia energética no sólo en centro de consultas económicas y políticas, sino oportunidad para incluir la controvertida cuestión de la nueva Carta del Atlántico, con su complementario frente militar común, comprensivo de Japón; ello como prolegómeno de una comunidad de países industrializados en la que, naturalmente, los Estados Unidos llevarían la voz cantante. Por si alguna duda quedaba sobre la voluntad de Francia de no dejarse atrapar en las redes de una vinculación de la CEE a la política a escala mundial de los Estados Unidos por el atajo del petróleo, apenas terminada la reunión de Bruselas, Michel Jobert se trasladó a Iraq, recalcando así que su país no cejaría en su propósito de soberanía petrolera. Es decir, que, cuando aterrizó en Washington, el señor Jobert no se habían ablandado en su negativa a pasar por el aro dispuesto por Henry Kissinger.

No se hizo esperar la ocasión de que el representante de Francia hiciera gala de su capacidad batalladora y de ese no arredrarse frente a la eventualidad de desencadenar tormentas. Sin duda, en las reuniones del 10 de febrero, preparatorias de la Conferencia de los 13 países de mayor consumo de petróleo del mundo, los europeos expusieron la conveniencia de que en tal Conferencia no se trazara ningún programa energético sin contar con los países que consumen menos y, factor esencial del problema, con los

países productores. Pero el discurso inaugural de la Conferencia, pronunciado por el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, centrado en el objetivo de perseguir una cooperación mundial y en el desacierto de buscar soluciones bilaterales de la crisis, causó un impacto en el ánimo de los europeos, como lo causara en el de Canadá, Japón y Noruega. En su discurso, el presidente Nixon remachó el clavo. Henry Kissinger podía apuntarse el tanto de haber trastocado la situación inicial, merced a esa especie de fascinación que ejerce sobre sus interlocutores, de haber fascinado a Michel Jobert.

Le faltó tiempo al ministro galo para advertir a los demás miembros de la CEE que, si daban su acuerdo tácito a las propuestas de Kissinger, peligrarían las posibilidades de solución comunitaria con los países productores. Su enérgica intervención no surtió efectos. La decisión adoptada en Bruselas de que la Comunidad actuara unánimemente en Washington no resistió la amenaza norteamericana de dejar a Europa al garete en materia de defensa. Esta mera eventualidad—que sería suicida para los Estados Unidos de convertirse en realidad—hizo que la mayoría de los asistentes a la Conferencia se adhiriese al punto de vista norteamericano, aunque alguno lo hiciera a regañadientes. Francia se mantuvo en sus trece, o sea opinó que no debía iniciarse el proceso de reorganización energética mundial sin contar con todos los países consumidores y, singularmente, con los productores. De hecho, la propuesta de los Estados Unidos tiende, indirectamente, tanto a resolver la crisis del petróleo propiamente dicha como a preparar la vuelta al escenario petrolero, en calidad de protagonistas más o menos monopolísticas, de las grandes compañías norteamericanas, que han cesado de reinar sin cortapisas en el mercado mundial en razón de los esfuerzos que desde hace años vienen desplegando diversos países—entre ellos, España, con Hispanoil—para que se relaje aquella engorrosa tutela.

El que Francia actuara en solitario en Washington no equivale a que el resultado de su actividad fuera totalmente negativo. Cierto; no pudo impedir que, olvidando el acuerdo de Bruselas, Walter Scheel cantara la palinodia en Washington y declarase que, por supuesto, la seguridad y la cooperación económica están estrechamente ligadas y que el problema energético no podía desglosarse del contexto. En cambio, Michel Jobert consiguió retrasar la clausura de la Conferencia y que el acuerdo de compromiso a que se llegó, aceptado por Francia con cuatro significativas reser-

vas de los 17 apartados del comunicado final, no definiera claramente la cuestión que había sido objeto principal de la Conferencia, es decir, el marco adecuado para solucionar el problema mundial del petróleo. En todo caso, Francia ha conseguido subrayar una vez más en Washington cuán largo es el trecho que separa la unidad comunitaria, tan traída y llevada en discursos y declaraciones, de la realidad de una Comunidad unida y en condiciones de neutralizar un riesgo de colonización política y económica que el acercamiento norteamericano-soviético convierte en eventualidad de futuro, de la que no puede hacerse caso omiso, por poco que, volviendo la vista hacia atrás, se recuerde Yalta.

LA REUNIÓN DE MARZO DE MINISTROS DE ASUNTOS EXTERIORES DE LA CEE

A semejanza de lo que sucedía con los tres mosqueteros, que eran cuatro, en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la CEE, reunidos en Bruselas el 4 de marzo, los «Nueve» eran «siete», casi «seis», ya que el dimitido Gobierno belga asume la vacante gubernamental en espera de elecciones. Por lo tanto, carece de capacidad decisoria. En cuanto a Gran Bretaña e Italia, ambas sin gobierno, lógicamente no asistieron. Esa desarbolada nave comunitaria no podía tomar decisiones relativas a la negociación global con los países mediterráneos, entre los que, en mala hora, quedó incluida España, que, sin arte ni parte en el conflicto árabe-israelí, paga los vidrios rotos en forma de sucesivos aplazamientos de la negociación de un nuevo acuerdo comercial preferencial con la CEE. Afortunadamente, parece que ese prolongado compás de espera no incide en las transacciones de España con el Mercado Común, que siguen efectuándose normalmente y registran incluso un incremento de las exportaciones.

Si la cuestión de los países mediterráneos quedó marginada, los reunidos tuvieron tiempo para adoptar importantes decisiones, alguna de ellas muy sonada, por relacionarse con el candente problema del petróleo. En realidad, el tema no se sacó a colación en aquella reunión. Venía coleando desde que, inesperadamente se dijo, hicieron acto de presencia en la «cumbre» de Copenhague del pasado diciembre tres representantes de países petrolíferos de África y Medio Oriente. Es decir, que, a la chita callando, los países de la CEE han seguido estudiando el pro y el contra de la oferta árabe de cooperación. La Conferencia de Washington pareció enviar al

desván del olvido aquella solución, contrapuesta a la solución preconizada por los Estados Unidos. A la vista del texto de la llamada «iniciativa» de la CEE con relación a 20 países árabes, puede darse por sentado que no hubo tal. Apenas si cabía imaginar que los europeos convencidos por la dialéctica kissingeriana apretarían filas en torno a Francia no bien se reunieran «en familia». Es decir, que, cuando menos en esta fase del torneo, Francia ha salido vencedora, por haberse impuesto a los demás países de la CEE las ventajas prácticas de su tesis. Lo evidencia la decisión adoptada en Bruselas, que apunta a una conferencia euro-árabe, a celebrar en octubre, y que apenas si deja un resquicio a la esperanza norteamericana de constituir, bajo su égida, un frente único de países consumidores. No cabía epílogo más imprevisible y desairado de la Conferencia de la Energía, cuyo principal artífice fue Henry Kissinger.

Su presencia en Bruselas, procedente del Medio Oriente, a fin de asistir a una reunión extraordinaria y restringida de la OTAN, no fue de índole a suavizar la bofetada sin manos que le infligían los «Nueve», que eran «siete» (o «seis»), de nuevo acordados. Bien es verdad que las propuestas que Henry Kissinger acababa de formular a Egipto para financiar, juntamente con Japón, la reapertura y ampliación del canal de Suez y sus tanteos para conseguir acuerdos bilaterales con Arabia Saudita, pregonaban que la enemiga a acuerdos bilaterales entre consumidores y productores sólo rezaba para terceros, en modo alguno para los Estados Unidos. Es decir, que, para justificar la deserción europea, puede argüirse que jugar con dos barajas para defender el interés nacional no tiene por qué ser comportamiento exclusivo de uno. Pese a la larga aplicación de la ley del embudo por parte de los Estados Unidos, su poco avezado secretario de Estado no pudo disimular la sorpresa e irritación que le causaba la nueva actitud de países de la CEE que tenía por seguros, si bien todo se reduce a que éstos han decidido sustituir la negociación bilateral, que han practicado cuanto han podido desde que se inició el embargo del petróleo, por una negociación comunitaria. Y, aun antes de regresar a Washington, el señor Kissinger, por una vez, no mencionó su optimismo a prueba del mentís rotundo de la realidad objetiva. Es más: no se recató para expresar sin ambages su profundo disgusto.

Es que la colaboración o cooperación que la CEE brinda a los árabes —y que ojalá fuera el cimiento para la construcción de un bloque euro-árabe, que convertiría la cuenca mediterránea en área de solidaridad y des-

arrollo coordinado—no ha sido el único tropiezo que han tenido los Estados Unidos en sus relaciones con los aliados europeos. En efecto, está claro que los miembros de la Alianza Atlántica, que en su mayoría son miembros de la CEE, no están dispuestos a aceptar sin más la nueva Carta del Atlántico preparada por Henry Kissinger, y a cuya firma, con motivo del XXV aniversario del Tratado del Atlántico Norte, el próximo mes de abril, está supeditado el viaje a Europa del presidente Nixon. Parece que tampoco en este aspecto de las relaciones Europa-Estados Unidos todo será coser y cantar; mejor dicho, firmar y congratularse. Según el presidente del Consejo de Ministros de la CEE, Walter Scheel, la declaración Europa-Estados Unidos ha de ser objeto de negociaciones en las próximas semanas. Con toda probabilidad, modificarán la redacción original de la nueva Carta del Atlántico que presentó Kissinger en el pasado abril.

Por cierto, el secretario de Estado norteamericano declaró en Bruselas que su país estaba dispuesto a firmar con España una declaración paralela a la nueva Carta del Atlántico con motivo del viaje a Washington de nuestro ministro de Asuntos Exteriores. Es de confiar que el anticiparse España a los demás países europeos en la firma de acuerdos cuya trascendencia es obvio destacar—siempre que se firmen a finales de marzo—implicará acentuar el paralelismo con los miembros del Pacto Atlántico; a la hora de una reconsideración de la defensa de Europa. Porque, pese a quien pese, y a despecho de reservas e inquinas, España es, en primer término, parte de Europa y factor esencial de su estrategia. Es extremo que no puede soslayar una reconsideración de los términos en que se ha venido planteando la defensa de Europa y que será objeto de la declaración a añadir eventualmente a la Carta del Atlántico. Tal reconsideración será sustancial. Puede afirmarse ya que se ha encomendado a Francia redactar esa declaración. Por consiguiente, tanto como criterio europeo de la cuestión, semejante contracarta del Atlántico reflejará la postura de Francia en materia de relaciones Europa-Estados Unidos, que plantean, entre otras, la problemática del sistema de comunicaciones entre aliados de ambas orillas del Atlántico. Salieron malparadas del último conflicto árabe-israelí y de la alerta atómica del 24 de octubre. Ello ha dejado recelos y temores que abonan la tesis gala de que lo imperativo para Europa es, ciertamente, mantener la alianza con los Estados Unidos, pero sin que Europa renuncie a una independencia que pretende evitar la colonización económica y política.

EL VIAJE DEL PRESIDENTE POMPIDOU A LA URSS

No alegra admitirlo, pero la Comunidad europea se asemeja a una familia desavenida que, sin carecer de medios económicos, ha perdido prestigio e influencia hasta venir a menos socialmente, lo que en el caso de las naciones es venir a menos políticamente. Algún miembro de esa desacorde familia no se resigna a la nueva situación y, remando empeñadamente contra corriente, intenta recuperar la perdida categoría en su provecho y, por vía de consecuencia, en el de sus familiares. En el ámbito comunitario, Francia es la que desempeña el papel de miembro no resignado y en ocasiones contestatario. Tenga o no éxito la ardua empresa que acometió el general De Gaulle y prosigue el presidente Pompidou, humanamente, en razón de su perfil quijotesco, merece respeto y benévola atención. Políticamente quizá sea otro cantar.

La digresión viene a cuento del viaje que el 12 de marzo el presidente Pompidou emprendió a la URSS—concretamente, a Pitsunda—para entrevistarse por sexta vez con Leonid Breznev. Las relaciones franco-soviéticas, que han pretendido y acaso pretendan todavía tener visos de «especiales», explican y hasta justifican esos contactos de «alto nivel», que en cualquier circunstancia presentan interés, entre otros motivos, por ser exponente de la política de «manos libres» que Francia trata de armonizar con un orden cerrado comunitario en política internacional. Pero, dado el contexto de agria disensión entre París y Washington y, en términos generales, de perplejidad y tensión entre los Estados Unidos y la Comunidad, el viaje del presidente Pompidou a la URSS adquirió sutiles matices de desafío.

A pesar de las reservas oficiales sobre las conversaciones Pompidou-Breznev, a pesar de lo mucho que se ha destacado lo cordial del encuentro y las múltiples atenciones que los soviéticos han dispensado al jefe del Estado francés, puede estimarse que el objetivo político realmente perseguido—buscar en la URSS un contrapeso de los Estados Unidos—no se ha logrado. En suma, la ambición del general De Gaulle de que la acción de Francia provocara la desaparición de los dos bloques ha desembocado—sin que Francia haya tenido ni arte ni parte en este resultado—en una consolidación de hecho de los dos bloques merced a los efectos conjugados de la disuasión, la coexistencia pacífica y las respectivas conveniencias económicas.

En esta nueva situación, que es a un tiempo de compadrazgo y antago-

nismo entre los Supergrandes, Francia hace de pariente de pueblo al que se trata con grandes consideraciones—por si acaso fuera ocasionalmente útil—, pero que se margina a la hora de la verdad. Y una hora de la verdad fue cuando los Estados Unidos y la URSS pusieron manos a la obra de acallar las armas en el Cercano Oriente. Ni por asomo se le ocurrió a la URSS que Francia participara en la tarea de desembrollar la madeja, no más que se le ocurrió a los Estados Unidos contar con los aliados europeos, sino todo lo contrario, cabe decir. De ahí que vano hubiera sido esperar que el presidente Pompidou consiguiera en Pitsunda que la URSS hiciera a Francia participe en sus cubileteos con los Estados Unidos en la cuestión del Cercano Oriente, que van para largo. Dada la semejanza básica de criterios de la URSS y Francia en la materia—cumplimiento de las Resoluciones 242 y 338—, la cuestión está zanjada, por lo menos, desde el punto de vista soviético. Como lo está el tema en el que ha embarrancado la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea: «la libre circulación de las ideas y los hombres» entre todos los países, que Francia preconiza con ahínco, cual si realmente sólo auténticas «ideas», dignas de florecer por doquier, se beneficiaran de una libertad que la URSS estima ser «una injerencia en los asuntos internos de los Estados», extremo éste, sea dicho de paso, que poco le estorba para exportar sus propias ideas. Tampoco había coincidencia ni la hubo después de horas y horas de conversaciones, en lo que respecta a la tesis soviética de «la inviolabilidad de las fronteras europeas» o mantenimiento a perpetuidad de un *statu quo* provechoso para ella, tesis a la que Francia opone la posibilidad de una modificación de fronteras por medios pacíficos, única y mínima esperanza de reunificación que razonablemente puede abrigar la República Federal. Se comprende, pues, que el presidente Pompidou no se comprometiera a convertir la traca final de la Conferencia europea en grandioso espectáculo y cónclave de jefes de Estado europeos.

En cuanto a los celos de Francia con relación a un condominio norteamericano-soviético, es evidente que el presidente Pompidou trató el tema con Leonid Breznev. Lo pregona la declaración del presidente Pompidou, según la cual Leonid Breznev le había dado seguridades de que no existía semejante condominio, lo que resulta muy tranquilizador, si bien dificulta singularmente una comprensión cabal de los rumbos de la política mundial, cuyas figuras de proa son los Estados Unidos y la URSS, amigos-rivales, cuyas relaciones están ora dominadas por la amistad, ora por la rivalidad. En todo caso, que de derecho no exista ese condominio, no excluye que, sin

existir de hecho, apunte a existir. Una de las confirmaciones de semejante eventualidad es lo menguado de los resultados políticos de las conversaciones Pompidou-Breznev. Para ese viaje, el presidente Pompidou no necesitaba alforjas, en particular si esperó proveerlas con un sustancial apoyo soviético que fortaleciera la posición de Francia en su pleito con los Estados Unidos. Pero si de algo parece cuidarse actualmente la URSS —con o sin condominio y a despecho de la negativa del Congreso norteamericano a concederle el trato de «nación más favorecida»— es de no verse implicada en la pelotera entre aliados atlánticos. Acaso no equivale esto a decir que no abriga la esperanza de que las divergencias de fondo entre Francia y los Estados Unidos no redunden a la postre en su ventaja. Ello daría categoría política a la cordialidad sonriente que reinó en Pitsunda.

En cambio, la cosecha del viaje presidencial ha sido más fructífera en lo económico. Parece que el presidente Pompidou y Leonid Breznev han sentado las bases de un desarrollo de los intercambios que, aunque las exportaciones francesas han superado las importaciones de productos soviéticos, no han respondido a las esperanzas que Francia puso en un estrechamiento de las relaciones franco-soviéticas. En efecto, en el orden comercial sólo ocupa el quinto puesto, detrás de la República Federal, Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña. La necesidad de exportar que espolea a Francia, como medio de hacer frente a las consecuencias de la crisis energética, ha situado en destacado plano del viaje del presidente Pompidou el tema económico. Si bien se han puesto en marcha diversos acuerdos comerciales y dado nuevo impulso a anteriores acuerdos de cooperación industrial, con el compromiso por parte de Francia de adquirir parte de la producción de las fábricas que ha levantado en la URSS. Queda por demostrar que esto sea un negocio redondo para el país vecino. Lo que sí parece evidente es que la URSS no ha facilitado a Francia su propósito de diversificar sus fuentes de abastecimiento de petróleo. La morosidad de la URSS para acudir en ayuda de Francia, a la que reprocha haber escatimado las inversiones en ese sector de la economía soviética, no se impone como una represalia ni siquiera como una actitud adoptada en un caso concreto. Impuesta la URSS de la peligrosa dependencia de Europa en materia de petróleo —y otras materias primas—, no puede por menos que valorar la importancia de esa baza. Sólo parcialmente está en sus manos, es cierto; pero nada impide que, aun sin tomar parte en el juego, siga atentamente jugadas que podrían debilitar a su conveniencia la Europa occidental, incluida Francia.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA DEFENSA DE EUROPA

La áspera llamada de atención que el 16 de marzo el presidente Nixon ha dirigido a la Europa comunitaria en el Club de Ejecutivos de Chicago ha producido estupor y hasta un escalofrío de temor, por cuanto no ha vacilado en amenazar con la retirada de las fuerzas norteamericanas presentes en el viejo continente y, por vía de consecuencia, con cerrar el paraguas atómico. La mera eventualidad de semejante decisión ha causado la impresión de que, en un abrir y cerrar de ojos, los miembros del Tratado del Atlántico Norte podían pasar de la luz radiante de una seguridad garantizada a toda costa por los Estados Unidos a la noche oscura del desamparo. No se impone —por lo menos para el modesto observador— en qué se fundamenta esa consideración de la situación existente en 1974, muy otra de la que motivó un tratado defensivo que, ni siquiera cuando se firmó en momentos álgidos de la guerra fría, implicaba para los Estados Unidos, no más que para los restantes signatarios, un ineludible compromiso de orden militar. Un simple vistazo al texto de ese tratado (art. 5.º) muestra que la fórmula «... la acción que (las Partes) juzguen necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada...» excluye el automatismo de la réplica en caso de agresión. Se dijo entonces que el matiz restrictivo contenido en «incluso el empleo de la fuerza armada» era una medida precautoria de los negociadores norteamericanos para no alarmar a un Congreso presto a asimilar seguridad nacional y aislacionismo. Con todo, quedaba claro que de sufrir Europa una agresión, los Estados Unidos estarían inmediatamente al lado de sus aliados. Puede darse por sentado que el compromiso de los Estados Unidos con Europa era en aquel entonces incondicional. Tal permite afirmar el hecho de que fuera el único país en el mundo que disponía del arma atómica. La aplastante superioridad bélica que le confería frente a la URSS —por muchas que fueran las divisiones con que ésta contaba— permitió plantear el problema de la defensa de Europa en términos sencillos: el de su defensa directa y total desde territorio europeo. Dotada a su vez la URSS del arma atómica, surgió la necesidad de una nueva estrategia. Y la defensa directa se vio sustituida por la defensa indirecta, basada en parte en los bombarderos norteamericanos. Evidenciado en 1959 que la URSS disponía de misiles intercontinentales, susceptibles de alcanzar el territorio de los Estados Unidos, se impuso una nueva modificación de los planes estratégicos. Desde entonces,

a despecho de las conversaciones SALT, puede decirse que no se han alterado los supuestos de la defensa de Europa, a saber: que en caso de agresión, cualquier intervención atómica norteamericana provocaría una réplica de la URSS, que infligiría a los Estados Unidos destrucciones y daños insoportables. Es ésta una certeza que lleva a poner en tela de juicio el valor de alianzas militares, cuyo ingrediente principal fuera el arma atómica, por cuanto su poder disuasivo sólo se ejerce en provecho del que la posee, que se cuidará de correr un riesgo de aniquilamiento por intentar defender a su aliado.

Es bien sabido que este enfoque de la cuestión —hoy por hoy, elemental— lo formuló en 1961 el general De Gaulle con motivo de la visita a París del presidente Kennedy. Ciertamente es que el general De Gaulle arrimaba el ascua a la sardina del arma atómica gala; pero el hecho es que ya entonces los Estados Unidos habían recogido velas en materia de utilización de armas nucleares. Totalmente abandonada la estrategia de las «represalias masivas», la habían sustituido por la matizada «réplica variable», o sea adaptada a las circunstancias creadas por el adversario. Era, en definitiva, «santuarizar» el territorio de los Estados Unidos. Al jurar y perjurar la URSS que no sería la primera en utilizar las armas nucleares, se desembocó en la mutua disuasión, cuyo fundamento es la respectiva certeza de destrucciones rayanas con el aniquilamiento de producirse un duelo atómico. En suma, sólo cabe recurrir a las armas atómicas a la desesperada, cuando la supervivencia nacional está directamente amenazada. Nadie puede imaginar a un Sansón del siglo xx derribando las columnas del templo filisteo y sepultándose en sus ruinas con la pretensión de ayudar a un amigo, que también quedaría sepultado.

Tan incuestionable es que el paraguas atómico no ampara ya a Europa —a pesar de veladas alusiones a su capacidad de cobijo—, que desde hace unos quince años es constante afán de la OTAN organizar y desarrollar las fuerzas europeas dotadas de medios convencionales. No se comprendería esa orientación del esfuerzo, que sería una yuxtaposición de medios bélicos, de considerarse realmente la posibilidad, aunque fuera mínima, de una intervención atómica norteamericana en defensa de Europa, extremo éste que, diga lo que dijera el encorocado presidente Nixon, es elemento de la seguridad y poderío de los Estados Unidos. En efecto, cuesta trabajo concebir sus derroteros de futuro si la URSS reinase en la Europa occidental como reina en la Europa del Este y se proyectase en Africa. Por tanto, la cuestión del mantenimiento de la seguridad europea no es carga supletoria que bené-

volamente asumen los Estados Unidos. Es parte de su propia seguridad y garante de ventajas políticas y económicas que se derivan de la alianza con los países de la Europa occidental. Como es factor innegable de la seguridad de la Europa occidental la alianza con los Estados Unidos. Aun cuando los Estados Unidos hayan cerrado el paraguas atómico en lo que a Europa respecta, lo que es lógico y sensato, la presencia de sus fuerzas militares en el viejo continente surte efectos de guardia, cuya mera presencia desanima al gamberro y lo incita a estarse quieto.

Lo enojoso es que paralelamente al esfuerzo que se le pide a la OTAN está el que lleva a cabo el Pacto de Varsovia a la chita callando, singularmente desde la reunión de Helsinki, y que tiende a acentuar la diferencia de medios, aunque sólo sean los convencionales, entre las dos organizaciones. Mientras unos planean y proyectan, los otros ejecutan y se hacen cada vez más fuertes. Este es el escollo en el que ha tropezado la fase actual de las negociaciones SALT de Ginebra: la negativa soviética a un equilibrio de las fuerzas del Pacto de Varsovia y la OTAN. No es motivo de optimismo y tranquilidad ni para la Europa occidental ni para los Estados Unidos. Sugiere que, asegurada la «santuarización» de los Estados Unidos y la URSS, por exclusión de un duelo atómico que provocaría la aniquilación de ambos, no puede descartarse totalmente la eventualidad de que la URSS tratara de sacar partido de las posibilidades que brinda una guerra con medios convencionales cuando el adversario potencial es más débil y además lo ronda una crisis económica, con su secuela de conflictos sociales y desbarajustes políticos. En todo caso, de dar crédito a los datos facilitados por especialistas en la materia, está fuera de dudas que las fuerzas europeas de la OTAN son notoriamente inferiores por todos conceptos a las fuerzas del Este. Únicamente reduce el desequilibrio la aportación norteamericana, que, ciertamente, beneficia la defensa europea, pero también a los propios Estados Unidos, aunque otra cosa creyere el Congreso.

A despecho de querellas, discusiones, divergencias y malentendidos, Europa occidental y los Estados Unidos están embarcados en la misma nave y comparten un destino común. Tan evidente es que, superado su ofuscamiento de Chicago, el presidente Nixon ha reconocido que «la presencia de soldados y armas de los Estados Unidos en Europa es vital para la defensa común». Bueno es que el jefe del Ejecutivo norteamericano se muestre realista y renuncie a amenazar con decisiones que recuerdan al centinela que, en una noche de invierno, no pedía el relevo para fastidiar al cabo de guardia.

EL VIAJE A MOSCÚ DE HENRY KISSINGER

El comunicado final de las conversaciones que Henry Kissinger ha celebrado en Moscú del 25 al 28 de marzo ha defraudado a quienes contaban con los «progresos concretos» que dejó esperar el optimismo del propio secretario de Estado norteamericano. En efecto, ese comunicado final suena a cualquier cosa menos a parte de victoria. De hecho, en términos diplomáticos, viene a decir que ambas superpotencias están deseosas de llegar a un acuerdo en los temas en que no están de acuerdo. Son todos aquellos que reiteradamente han mencionado los medios informativos: limitación de los armamentos estratégicos o SALT, problema estancado en Ginebra y, por vía de consecuencia, la discutida cuestión de la reducción de fuerzas en Europa, que constituye un serio obstáculo para los progresos de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea. Otro tema de importancia de las conversaciones de Henry Kissinger con Breznev y Kossiguin era la puesta en práctica de lo acordado en materia de cooperación comercial y económica norteamericana-soviética, en suspenso por la negativa del Congreso a conceder a la URSS trato de «nación más favorecida», que prometió un poco alegremente el presidente Nixon, y, asimismo, los cuantiosos créditos que necesita para su desarrollo. Finalmente, estuvo sobre el tapete el Cercano Oriente, donde la postura respectivamente adoptada por Siria e Israel amenaza con interrumpir el lento caminar de una paz que, a la postre, podría mermar la influencia soviética en esa área. Tal sugiere por lo menos el sesgo que han tomado las relaciones entre El Cairo y Washington. De los celos y despecho que provoca ese cambio de orientación de Egipto, es exponente el apoyo concedido sin disimulo a Siria por Moscú, como contrapeso de la creciente influencia norteamericana y recordatorio de que los Estados Unidos no pueden actuar a solas en esa región conflictiva: el duo de Moscú del pasado octubre se impone a la hora de establecer la paz.

Imbricado con estos temas, en la agenda de Henry Kissinger figuraba disponerlo todo para que la proyectada visita del presidente Nixon a Moscú en el próximo mes de junio fuera un éxito por coincidir con la firma de importantes acuerdos, como sucediera en mayo de 1972, cuando se firmó el acuerdo relativo a SALT I. Es de reconocer que las circunstancias delicadas—por lo menos—en las que se encuentra el presidente Nixon no han favorecido el propósito de su secretario de Estado de ponerle en ban-

deja un logro en política exterior susceptible de impresionar la opinión pública norteamericana, remecida no sólo por Watergate, sino también por una inflación cuyo índice en el pasado febrero ha sido de 1,3 por 100, que, de proseguirse con el mismo ritmo, supondría un índice anual de aumento del coste de vida del 15 por 100. Por otra parte, tampoco el contexto internacional era muy propicio para que Henry Kissinger hiciera «milagros», aunque la coexistencia no se vea amenazada por no haberlos hecho. No puede verse amenazada esa piedra angular de la política de ambas superpotencias, sencillamente porque el fabuloso poder atómico que poseen las coloca ante la disyuntiva de entenderse de algún modo o aniquilarse mutuamente. De ahí que cualesquiera que sean las divergencias e incluso el antagonismo de los intereses respectivos, en Moscú se hizo hincapié en la voluntad de mantener a toda costa la coexistencia «mediante relaciones fundadas más en la duración que en la calidad», como dijo Breznev, definición que puede servir de compendio de las conversaciones norteamericanas-soviéticas. No por ser parcos los resultados de esas conversaciones, los Estados Unidos y la URSS dejarán de dialogar.

La compleja cuestión de la limitación de armas estratégicas es un arcano vedado al modesto profano, a quien se le hurta la importancia que se concede a la igualdad, cual si se tratara de enfrentar soldados y bocas de fuego, como en tiempos de las guerras clásicas. Al parecer, y tal sostienen no pocos especialistas, que, alcanzado cierto nivel nuclear, superioridad, inferioridad, igualdad nada significan. Dado que no existe el arma susceptible de destruir todos los medios del adversario con un solo ataque, el agredido estaría siempre en condiciones de infligir a su agresor daños insoportables. Pero el Pentágono tendrá sus razones para lamentarse de la «inferioridad» norteamericana cuando se firmaron los acuerdos SALT I. Por cierto, soslayaron la cuestión de los MIRV, en los que, al parecer, los soviéticos han hecho notables progresos. Es decir que el «acuerdo global» que en la materia pretendía Kissinger quedará encomendado a los orfebres de la estrategia nuclear que habrán de decidir si lo más conveniente es una limitación cuantitativa o cualitativa o ambas a un tiempo.

Nada menciona el comunicado final sobre la famosa emigración de los judíos de la URSS. Es preocupación dominante del Congreso, un tanto peregrina por cuanto a ella supeditan las relaciones comerciales y económicas norteamericanas-soviéticas. Se evidencia que la URSS no ha cedido en esta cuestión, que incide en sus relaciones con el mundo árabe, ya per-

turbadas por la actividad diplomática de los Estados Unidos. Sin embargo, es de destacar la resistencia soviética a las pretensiones del Congreso, ya que el próximo Plan Quinquenal se centra en el desarrollo de Siberia, que requiere la sustancial ayuda de los Estados Unidos para acometerse. Bien es verdad que en el vasto plan de arreglo de las relaciones entre Washington y Moscú de 1972, es elemento fundamental la cuestión comercial y económica, en razón de las posibilidades de mercado que brinda la URSS, a su vez fuente de materias primas que necesitan los Estados Unidos y que, en otras áreas del mundo, tal vez no sea tan fácil conseguir como en el pasado. Este es argumento que, a corto o largo plazo, podría modificar la postura del Congreso y, en lo inmediato, fortalecido los soviéticos en su negativa a conceder visados a los judíos sin limitación de ningún género.

En cuanto al Cercano Oriente, piedra de toque de las relaciones norteamericanas-soviéticas, se impone que la URSS no se aviene con el papel secundario a que la ha relegado la desbordante actividad del señor Kissinger. En este caso, huelgan las declaraciones oficiales. Sólo cuentan los hechos. Y el hecho es que la firme postura de una Siria destrozada por la guerra de octubre sería inconcebible sin el aliento y ayuda de la URSS, que ha repuesto el material bélico destruido y facilitado incluso «Sam-6» para la eventual defensa de Damasco. Es una manera muy convincente de recordar que la paz también pasa por Moscú y de la que posiblemente el señor Kissinger ha tomado buena nota. De otro modo, mal se ve cómo la Conferencia de Ginebra avanzaría un paso, aun cuando no retrocediera muchos pasos.

En suma, a la vista del comunicado final, el balance del viaje a Moscú del secretario de Estado norteamericano, no es ni negativo ni positivo. ¿Resultado nulo? Sería aventurado afirmarlo, porque cabe la posibilidad de que, de mutuo acuerdo, se haya preparado el espectáculo de luz y sonido en ocasión del viaje a Moscú de un presidente Nixon que, como por arte de magia, resolvería los problemas que, al parecer, siguen planteados. De ahí que, previamente, el escenario se deje en penumbra. Dada la extrema conveniencia para el presidente Nixon de recobrar en el exterior un prestigio maltrecho en el interior, y el interés soviético por que siga al frente del ejecutivo norteamericano, es hipótesis que no puede excluirse sin más ni más.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA